

## POBLAR EL TERRITORIO Y PARA ELLO, ABANDONAR ODRES VIEJOS

Hna. Ángela Perez, ACI\*

### Resumen:

El texto se desarrolla atendiendo a un doble dinamismo: para ir al encuentro de lo nuevo es necesario dejar lo que traba la marcha. En la primera parte se profundiza en la figura “poblar el territorio” a la luz de las conclusiones del sínodo de Amazonía. En la segunda parte, se invitará es a ponerse a la escucha de la historia del pueblo de los caribes, en la que se destaca el valor del horizonte que inspira nuestros esfuerzos y que justifica la decisión de dejar lo que tenemos (que no es malo, pero resulta insuficiente) para ir al encuentro de lo nuevo. Finalmente, ante el desafío de poblar el territorio alentados por ese horizonte de esperanza, se proponen algunas pistas que nos pueden ayudar a hacer camino en esa dirección.

**Palabras claves:** Vida religiosa, horizonte inspirador, sínodo de Amazonía, renovación de cara a la misión.

### Introducción

Hay en el título de este escrito una invitación junto con la conciencia de que para que esto sea posible, hay algo que se debe abandonar. Su importancia estaría en el doble dinamismo que dibuja y, se piensa podría aunar y dirigir nuestros esfuerzos (muchos y buenos) hacia el horizonte inspirador de la vida religiosa latinoamericana para el próximo trienio. Mi plan en estas páginas es, en primer lugar, profundizar en esta formulación, presentando algunas claves que nos ayuden a conectar con el impulso que emerge de ella. A la base de la primera parte se encuentra el *Sínodo de Amazonía* (6-27 de octubre de 2019) sumado a un par de referencias a la exhortación postsinodal del papa Francisco, *Querida Amazonía* (2020)<sup>1</sup>; en segundo lugar, me sirvo de una historia de evidente valor simbólico tomada de la novela *El siglo de las luces*, del escritor cubano Alejo Carpentier. La última parte resulta del diálo-

\* Religiosa de la Congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Doctora en Teología por la Pontificia Universidad Católica de Chile (2020) y académica de la misma Universidad. Investigadora del Centro Teológico Manuel Larraín. Miembro de la Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología (ALALIE). <https://orcid.org/0000-0002-1195-2192>.

<sup>1</sup> Amazonía, nuevos caminos para la Iglesia y para una Ecología integral (documento final), de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica, celebrada entre el 6 y el 27 de octubre de 2019 (en adelante SA); Exhortación apostólica postsinodal *Querida Amazonía*, del Santo Padre Francisco al pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad (en adelante QA).

go de ambas perspectivas, que en su conjunto evidencian la importancia de abandonar odres viejos para efectivamente poblar el territorio, a la vez que propone algunas pistas que ayudarían a realizar algo efectivamente.

## 1. Poblar el territorio

La geografía política normalmente entiende el territorio como una porción de tierra que pertenece a alguna jurisdicción o administración (nación o provincia). En cambio, para las bandas o grupos organizados el territorio es un sector en el que se ejerce una dominación o soberanía, regido por las normas que ese grupo impone. En el territorio así delimitado no se permite la entrada de los grupos rivales. Para las naciones del territorio se toma posesión y sobre él se ejerce el derecho de propiedad. Se transforma así en un espacio físico que tiene una delimitación natural o artificial y que es defendido de posibles invasores extranjeros. Cuando se habla aquí de poblar el territorio lo que hay detrás no es un modo de estar en el mundo que no se agota en la ocupación de un espacio, ni la iniciativa de un individuo o grupo que apunta a poseer y dominar sobre la tierra; se trata de una invitación a entrar en un modo de relación con el mundo que nos conduzca a realmente *habitar la tierra* pisada por nuestros pies.

En el Sínodo de Amazonía existen al menos dos maneras de en-

tender el territorio. Hay ocasiones en que se refiere a él como un espacio físico que debemos cuidar. Así, por ejemplo, se habla de “el gran territorio del Amazonas” (SA 30) sobre el que pesa una grave amenaza de destrucción (cf. SA 2). A ello se sigue la necesidad de proteger esa vida amenazada (ídem). El camino propuesto es la ecología integral (SA 67). Una segunda perspectiva apunta a la relación del ser humano con su tierra. Se habla, por ejemplo, de cómo los pueblos que viven en la Amazonía “en el interior de cada cultura, construyeron y reconstruyeron su cosmovisión, sus signos y sus significados, y la visión de su futuro” (SA 8). En esas tierras habitan sus ancestros. Por eso lo cotidiano de la vida se acompaña de “la creencia y los ritos sobre el actuar de los espíritus de la divinidad, llamados de innumerables maneras, con y en el territorio, con y en relación con la naturaleza (LS 16, 91, 117, 138, 240)” (SA 14). No da lo mismo establecerse aquí o allá, porque existe la conciencia de poblar una tierra en la que están presentes quienes nos han precedido. Esto es algo que define pertenencia y hace del mundo un lugar habitado.

Tanto si se trata de Amazonía o de cualquier otro lugar al que nos lleva la misión, el desafío es el mismo: peregrinar ligeras/os de equipaje, en una actitud de apertura empática que abre a la riqueza y novedad y a cada paso nos sale al encuentro, atentas/os a la voz de

Dios y tejiendo redes con otras/os. No basta con ocupar un determinado espacio, poblar es habitar y eso significa dejarse provocar a más y estar dispuestas/os a dejarnos desacomodar por la novedad que se nos ofrece. En definitiva, para poblar el territorio debemos abandonar los odres viejos.

### 2. Abandonar los odres viejos

En la novela *El siglo de las luces* del escritor cubano Alejo Carpentier se relata la historia de la migración del pueblo de los caribes<sup>2</sup>. Esteban, uno de los protagonistas de la novela, ubicado en el Mar Caribe, en un lugar donde se encuentran aguas dulces y saladas, en apariencia sin mezclarse, hace memoria de esta historia. Se trata de la aventura de un pueblo venido de algún lugar del sur que, alentado por la posibilidad de dar alcance al Imperio del Norte, levantó campamento y se puso en camino, primero por tierra y luego por mar. Para que esto sucediera, debió juntar fuerzas y disponerse a dejar lo que ya tenía para partir hacia tierras desconocidas. En esto sirvieron de motivación los objetos que de vez en cuando traía el río, que daban cuenta de la existencia de unas tierras lejanas de prometedora riqueza. Con el tiempo, de tanto soñar con ellas, los caribes terminaron por hacerlas suyas:

Poco a poco, de tanto hablar del Imperio del Norte, los hombres fueron adquiriendo derecho de propiedad sobre él. Tantas cosas habían creado las palabras, llevadas de generación a generación, que esas cosas habían pasado a ser una suerte de patrimonio colectivo. Aquel mundo distante era una Tierra-en-Espera, donde por fuerza habría de instalarse un día el Pueblo Predilecto, cuando los signos celestiales señalaran la hora de marchar<sup>3</sup>.

Opera aquí la dialéctica de lo propio y lo ajeno: la propia tierra fue percibida como tierra extraña (aun cuando el pueblo habitaba en ella) y el pueblo se vio impelido a partir, cuando apareció en el horizonte una tierra nueva, a la que ese pueblo sintió que se debía. Fue así como los caribes hicieron de unas tierras desconocidas su futuro y del madurar de un sueño nació la pasión, el riesgo y la capacidad de aventura. El relato hace pensar en el lugar ocupado por que entendemos que nos pertenece en las decisiones que van tejiendo una historia. Mientras no encontremos aquello que podemos llamar *nuestro*, estaremos de camino, lo habido será provisorio y seremos forasteros en tierra extraña (incluso en la propia tierra).

En el relato se habla de una tierra-en-espera, que dibuja un horizonte capaz de poner a un pueblo

<sup>2</sup> Carpentier (2014), *El siglo de las luces*, 314-322.

<sup>3</sup> Ídem, 315.

entero en movimiento. Los caribes encontraron en ella una provocación más que ensanchó su horizonte de cara a un futuro posible y querido. Algo similar les sucedió a los aventureros venidos de Europa que llegaron a América alentados por las noticias de la existencia de un Nuevo Mundo, y a Esteban (y Sofía) cuando se pusieron en camino cautivados por las promesas del Siglo de las Luces:

Hallábase Esteban en las Bocas del Dragón, devoradoras de tantas expediciones que abandonaron las aguas saladas por las dulces, en busca de aquella Tierra de Promisión nuevamente movediza y evanescente —tan movediza y evanescente que acabó por esconderse para siempre tras el frío espejo de los lagos de la Patagonia—. Y pensaba, acodado en la borda del Amazon, frente a la costa quebrada y boscosa que en nada había cambiado desde que la contemplara el Gran Almirante de Isabel y Fernando, en la persistencia del mito de la Tierra de Promisión. Según el color de los siglos, cambiaba el mito de carácter, respondiendo a siempre renovadas apetencias, pero era siempre el mismo: había, debía haber, era necesario que hubiese en el tiempo presente —cualquier tiempo presente— un Mundo Mejor<sup>4</sup>.

Si bien la figura de ese *mito de un mundo mejor* puede variar —

para los caribes fue la tierra en espera, para los españoles un Nuevo Mundo y para Esteban los ideales de igualdad, libertad y fraternidad promovidos por la revolución francesa— en todos ellos se trata de una esperanza que ha sido capaz de movilizar a sujetos y pueblos para alcanzar un ideal que se dibuja en el horizonte. ¿Por qué abandonar odres viejos? Porque ha aparecido en el horizonte una tierra nueva a la que sentimos que de alguna manera nos debemos. La historia de los caribes nos lleva a pensar que, al menos en la esperanza lo que llamamos mundo y lo que soñamos como nuestro futuro existe en nosotras/os: ilusión y esperanza. El sentido de dejar lo que tenemos debemos buscarlo en las señales que traen los ríos de nuestra vida, que anuncian que hay también para nosotros una tierra-en-espera llamándonos desde lejos: puesta la mirada en el territorio que se nos invita a habitar seremos capaces de tensionar nuestras historias hacia un futuro posible y querido, y encontraremos la fuerza para partir.

### 3. La decisión de abandonar los odres viejos para poblar el territorio

Para decidirse a abandonar los odres viejos (en los que normalmente nos sentimos a gusto) y recibir odres nuevos (capaces de acompañarnos en la actual primavera de la Iglesia y de la Vida Religiosa), dos son las condiciones: que exista en nosotras/os el anhe-

<sup>4</sup> Ídem, 321.

lo de realmente habitar la tierra, y que reconozcamos que los odres que tenemos no son los adecuados para contener la novedad que esto representa. La decisión de abandonar los modos de proceder tradicionales, para aprender nuevas maneras de habitar el mundo, solo se comprende a la vista de esa tierra-en-espera que nos llama desde lejos y nos impulsa a ponernos en camino.

En relación con la novedad posible y querida, que dibuja nuestra propia tierra-en-espera, vale la pena recordar las valiosas pistas recogidas en las palabras de clausura del Congreso Continental de la Vida Religiosa celebrado entre el 13 y el 15 de agosto de 2021<sup>5</sup>. Se habla del valor de *lo sinodal, lo sororal y lo fraternal*; de la importancia de *abrir horizontes de nueva relacionalidad*, optando por la *presencia, cercanía y escucha*, prescindiendo del dolor de las víctimas; de ofrecer *una palabra que sane, reconcilie y renueve en el sentido*; de la necesidad de estar atentas/os para *discernir la voz de Dios* que se deja oír en el sufrimiento de quienes ven vulnerados sus derechos; de ir dando forma a una *trama en la que se exprese lo diverso*, que dé pie a los *procesos*, trabajando en *redes*, con *relaciones horizontales*, dejándonos *desacomodar*, trabajando al *modo de Jesús* y optando por el *cuidado de la Casa Común*.

<sup>5</sup> Ver <https://www.clar.org/congreso-vr-2021/>

Hay en esto un programa que nos desafía a más, del que depende la novedad esperada. No basta con soñar con lo nuevo, para alcanzar ese horizonte es necesario ponerse en camino; para que esto efectivamente suceda, es necesario dar cabida a transformaciones de fondo. En algunos casos, los ritmos y modos de vivir que hemos heredado de la cultura moderna dificultan la comprensión del significado del arraigo y de la pertenencia a la tierra. Puestos a la escucha de pueblos que saben de esta experiencia, es posible imaginar nuevas maneras de relacionarnos entre nosotras/os y con la tierra que nos cobija. Podemos aprender de "la forma en que los pueblos indígenas se relacionan y protegen sus territorios" (SA 79) y llegar a ser con ellos "una Iglesia que navega río adentro y hace su andadura por la Amazonía, promoviendo un estilo de vida en armonía con el territorio, y a la vez con el 'buen vivir' de los que allí habitan" (SA 75). La pregunta sería aquí por los modos de relación que establecemos a todo nivel. Analizando, los pueblos indígenas, cuidan de las/los demás y de la Casa Común, y a la acogida respetuosa de toda/o la/el que llega, y la/lo disponen para salir al encuentro de las/os otras/os y del Otro que en ellos se hace presente.

Poblar el territorio supone reconocer el valor de lo diverso y cultivar la vida que florece en cada realidad (SA 42). Cuando se trata de asuntos que realmente nos im-

portan, sobre los cuales tenemos una experiencia, una opinión y un interés, al vemos enfrentadas/os a nuevas perspectivas tendemos a la comparación, la defensa de lo propio, la instrucción del otro. Nos amenaza el peligro de, sin darnos cuenta, silenciar las voces menores para una vez más imponer una mirada hegemónica y una única verdad sobre las cosas. Abandonar odres viejos significa optar por un nuevo modo de relación basado en la apertura y la escucha, que da paso al diálogo en el cual lo propio es superado en un nosotros. Este ejercicio no responde simplemente a un gesto de generosa condescendencia, es un acto de fidelidad al Dios que se expresa en lo diverso (QA 32), cuya belleza no se agota en una misma y única forma (QA 66) y que, contando con en ese ser único que somos cada una/o, va dando forma a lo nuevo. De este modo, hermanadas/os con un Dios encarnado, puede florecer "la Iglesia, Pueblo de Dios inserto entre los pueblos, [que] tiene la belleza de un rostro pluriforme porque arraiga en muchas culturas diversas (cf. EG 116)" (SA 92).

Si queremos ver nacer una Iglesia renovada, es fundamental dar espacio para la participación de todas/os en la construcción de un nosotros eclesial. Hay niveles y modos de participación que lo fa-

vorecerían, pero para ello debe existir voluntad. Cuando se trata de la participación en las decisiones que nos involucran, existe el desafío, por ejemplo, de hacer partícipes a los laicos de las decisiones que afectan a sus comunidades, de prestar real atención al *sensus fidelium* en el discernimiento eclesial y de permitir que la herencia cultural de nuestras/os hermanas/os migrantes se exprese en el rostro de las comunidades. Esto supone ceder espacio para dar lugar a lo nuevo. A la vez, supone hacer un camino y para eso se debe contar con una planificación estratégica que movilice en esa dirección, invertir en formación de los agentes pastorales y dar lugar a la creación de nuevos espacios que permitan una real búsqueda conjunta.

Puede ser que mientras vamos de camino haya momentos en los cuales se imponga el cansancio, la frustración o el desencanto. Es entonces cuando se vuelve vital contar con un horizonte inspirador que nos recuerde por qué nos pusimos en camino, hacia dónde se dirigen nuestros pasos y cuál es esa tierra-en-espera que con ilusión buscamos alcanzar. Poblar el territorio supone tiempo, y la esperanza es una fuerza capaz de sostener la marcha cuando se trata de dar vida a proyectos que requieren de etapas prolongadas hasta ver la luz.